

Mi nombre es Marta y lo que os voy a contar no es, realmente, mi historia, sino la de Manuela. Tal vez penséis que se trata de un trágico testimonio y, aunque hay acontecimientos en la vida de esta mujer que, objetivamente, podrían confirmar esta apreciación, la forma en que afrontó los sucesos que le tocó vivir corroboran que esta mujer no tuvo una vida triste, sino dichosa.

Manuela tenía ochenta años cuando se cruzó casualmente en mi camino. Compartí con ella sólo el tiempo que duró un vuelo que partió de Madrid rumbo a Miami un día de mayo del año 2005. El destino hizo que un viaje que debió durar aproximadamente ocho horas se prolongara hasta catorce. Puedo decir con rotundidad que, en circunstancias distintas a las que me rodearon durante ese vuelo, hubiera maldecido al destino por lo que me estaba pasando, pero, por cómo se fueron desarrollaron los acontecimientos a mi alrededor, la hora a la que aterrizaríamos en Miami dejó de preocuparme desde casi comenzado el viaje.

Era domingo por la mañana y mi marido me había acompañado al aeropuerto. Durante el tiempo que estuve con él, todo discurrió rápidamente, cuando en realidad hubiese querido que los minutos pasaran muy lentos y así estar juntos más rato. Sin embargo, desde el momento mismo en que crucé el control de seguridad y accedí al

área de salidas, empecé a desear que las horas discurrieran veloces. Mi destino final era Las Vegas y es justo decir que, aunque hubiera preferido hacer ese viaje con Eduardo, me emocionaba la idea de conocer una ciudad tan diferente a lo que, hasta ese momento, había visto nunca. Durante la necesaria espera ante la puerta de embarque antes de subir al avión, decidí que no merecía la pena ponerme nerviosa ante la aventura que estaba a punto de comenzar y me relajé. Sin darme apenas cuenta, me encontré sentada en mi sitio.

Una vez instalada en el incómodo asiento central en clase turista, me invadió la curiosidad de saber quiénes serían mis compañeros de viaje

durante las próximas horas. El primero en llegar fue un joven de unos veinte años que se sentó a mi derecha. Me saludó fríamente con acento extranjero y, desde el primer momento, entendí que tenía pocas ganas de conversación. No parecía, en absoluto, de esas personas por las que yo me podría sentir incómoda en un trayecto tan largo. Y digo esto porque aún recuerdo con horror las ocho horas que pasé pegadas a la ventanilla de un avión al lado de un hombre que no estuvo quieto ni siquiera un minuto. ¡Dios mío, aquel individuo debía estar invadido por una plaga de pulgas! En esta ocasión, daba la impresión de que mi acompañante no me causaría molestias. El lado derecho, pues, estaba controlado. Ya sólo me quedaba saber quién ocuparía el lugar situado a mi izquierda.

Pasaron unos minutos y los pasajeros caminaban hacia mí, pero ninguno se detenía a mi lado hasta que divisé, a lo lejos, a una señora que parecía tener dificultades para avanzar por el estrecho pasillo que separaba las dos largas hileras de asientos. Finalmente, al cabo de algunos segundos, supe que era la ocupante de ese sitio que yo había empezado a creer que permanecería vacío. Me pareció mayor para viajar sola, pues, como digo, se manejaba con dificultad. Más tarde supe que éste sería su último viaje a España.

Nada más verme, me sonrió y saludó de manera tan agradable que, así como no tuve dudas respecto al silencio que mantendría durante el viaje el joven de mi derecha, tuve el convencimiento de que aquella mujer inundaría mi tiempo de risas. Y así fue. Su acento granadino hacía que el simple hecho de pronunciar una palabra provocara en mí el deseo de que no parara, de que siguiera hablando. Lo cierto es que ese anhelo se desvaneció rápidamente, pues a ella no la tenía que animar nadie a hablar, como comprobé al rato de sentarse a mi lado. Al principio, nuestra conversación giró en torno a de dónde éramos, cuál era el propósito de nuestro viaje... en fin, la típica charla entre dos personas que se acaban de conocer en esas circunstancias. Sin embargo, a medida que fueron pasando los minu-

tos, fue abriéndome su corazón y contándome su historia. Era tan interesante lo que me contaba y la forma en que lo hacía, que me concentré en escuchar a aquella octogenaria mujer. Emanaba sabiduría y buen humor y, desde luego, no pensaba desaprovechar la oportunidad de aprender de ella. Reconozco que siento un afecto especial por las personas mayores y procuro siempre poner una dosis extra de afecto y respeto en mi relación con ellas. No sé si Manuela llegó a percibir eso que yo quise darle, pero ella, para mí, fue un regalo inesperado.

Se había casado siendo una muchacha con un también joven médico que se trasladó a ejercer su profesión a Miami. Durante los primeros años de matrimonio, la pareja tuvo tres hijos varones que vivieron su infancia con un padre que trabajaba fuera de casa y que iba construyendo una exitosa carrera profesional y una madre dedicada por completo a cuidar de su esposo e hijos. Los años los fueron distanciando hasta que, finalmente, él solicitó el divorcio. La ruptura marcó, como es lógico, un punto de inflexión en su vida. Durante treinta años, trabajó como Profesora de Español en una Universidad de Miami, profesión que comenzó a ejercer precisamente tras su separación. El trabajo y la educación de sus hijos ocuparon prácticamente la totalidad de su tiempo hasta que éstos comenzaron a abandonar el domicilio materno para emprender sus propios retos personales y profesionales.

A medida que me iba contando esta parte de su historia, yo no podía evitar pensar en el modo tan diferente en que ella y su ex-marido habían empleado su tiempo después del divorcio. Manuela me contó que su «ex», en el momento presente, ya iba por su tercer matrimonio.

En este punto nos quedamos cuando comenzamos a observar comportamientos extraños en algunas azafatas, rápidas idas y venidas y caras serias, como de preocupación. Estaba claro que algo estaba ocurriendo en la parte trasera del avión, pero, de momento, no sabíamos qué. El aparato no había hecho ningún movimiento brusco ni maniobra que nos

hiciera pensar que nuestras vidas corrían peligro, así que esperamos a que alguien de la tripulación nos contara qué estaba pasando. Después de unos minutos de zozobra, la voz del comandante se oyó firme y rotunda:

-Señores y señoras, tengo que comunicarles que debemos buscar un lugar donde tomar tierra -dijo.

-¡Dios mío! -pensé yo. ¡Pero si llevamos casi dos horas de vuelo y estamos en mitad del océano! ¿Dónde narices vamos a aterrizar?

El comandante prosiguió:

-Uno de los pasajeros ha sufrido un ataque al corazón, se encuentra en estado grave y debemos encontrar un lugar donde poder aterrizar para que le puedan prestar los servicios médicos que requiere su estado.

Se oyeron murmullos de perplejidad por todo el avión. Por si a algún pasajero se le había pasado por la cabeza quejarse ante el fastidioso inconveniente de llegar más tarde de lo que tenía previsto a Miami, donde yo haría escala y cogería otro avión con dirección a Las Vegas, el comandante finalizó su intervención de la siguiente manera:

-Ruego a cada uno de ustedes que piense que ese ataque al corazón nos hubiera podido ocurrir a cualquiera de nosotros o de nuestros familiares. Les pido, por favor, su comprensión y colaboración.

Después de estas últimas palabras del piloto, albergaron en mí dos sentimientos muy distintos. Por lado, la tristeza de saber que a pocos metros de donde yo estaba había una persona sufriendo y nadie, de las muchas personas que íbamos en ese avión, podía hacer nada para garantizar que salvaría su vida. Y, por otro lado, me invadió una sensación de congoja al no saber dónde aterrizaríamos. Yo sólo veía agua. Gracias a Dios, a los pocos minutos de saber lo que estaba ocurriendo, a través de los altavoces nos confirmaron que tomábamos rumbo hacia las islas Azores, lugar donde estaría todo preparado a nuestra llegada para atender al pasajero que se debatía entre la vida y la muerte. Hacía no demasiado tiempo que todos los noticiarios del mundo habían retransmitido la foto de George

Bush, Tony Blair y José María Aznar firmando en esas islas el acuerdo que simbolizó el inicio de la guerra de Irak. Ciertamente, nunca imaginé que en algún momento de mi vida pudiera ir a parar a semejante lugar, pero me hizo gracia el hecho de que el sitio hacia el que nos estábamos desviando estuviera de tan rabiosa actualidad. En honor a la verdad, diré que mis pies no llegaron a pisar tierra en esas islas, pues la parada fue breve. Evacuaron al pasajero enfermo, que iba acompañado de su mujer, y el aparato en el que viajábamos repostó combustible. Seguidamente, emprendimos viaje con dirección al destino que figuraba en mi billete.

Durante esa rápida sucesión de acontecimientos, tanto Manuela como yo nos incorporamos a las conversaciones que se estaban generando a nuestro alrededor. Todo ese alboroto había servido de excusa al joven de mi derecha para dirigirme tímidamente la palabra. Primero, compartimos nuestra inquietud por lo que estaba ocurriendo dentro de nuestro avión y, al instante, supe que no era ésta su única preocupación. Después de una noche «de marcha», había llegado a casa, había cogido la maleta y había salido rápidamente hacia el aeropuerto desde su vivienda en Madrid -que, por cierto, no era suya, sino de un amigo- sin saber si había apagado correctamente el gas. Nadie entraría en ese piso de Lavapiés durante, al menos, un mes, así que su ansiedad era lógica. Yo intenté tranquilizarle no sé cómo, pero enseguida cambiamos el tema de conversación, lo que, imagino, le sirvió para olvidar, aunque sólo fuera por unos instantes, aquello que le había mantenido inquieto desde que se percató de su descuido. Se trataba de un joven neoyorquino que había llegado a Madrid hacía pocos meses para estudiar y, por supuesto, aprender español, aunque no sé si los dos años que pensaba permanecer en España serían suficientes para conseguir que su acento dejara de sonar tan hondamente americano. Cuando me contó que había estado toda la noche de copas y que había acudido al embarque del vuelo sin haber dormido, entendí su cortante saludo al sentarse a mi lado. Posiblemente temía que yo fuera

una de esas habladoras compulsivas que le impediría llevar a cabo su objetivo durante ese largo viaje: dormir. Me equivoqué al creer que no cruzaríamos palabra en todo el trayecto, sin embargo, este breve momento de charla fue el único que mantuvimos. No volvimos a hablar hasta el aterrizaje en Miami. Creo que a él se le abrió un bello horizonte al saber que nuestro vuelo duraría más de lo previsto. Esto le permitiría descansar tranquilamente durante horas y presentarse ante sus padres, que estarían esperándole al llegar, con un aspecto menos resacoso.

Una vez finalizada nuestra conversación, cada uno de nosotros cruzó breves palabras con otros pasajeros y, cuando las cosas volvieron a la calma y la tripulación comenzó a repartir las bandejas de comida, Manuela prosiguió relatándome su vida retomándola en el punto en que la había dejado. Algo que me llamó la atención desde el principio fue que aquella mujer no era, en absoluto, una persona afligida. A pesar de que lo que me había contado hasta ahora incluía, desde luego, una historia de fracaso, en ningún momento atisbé en ella un ápice de resentimiento. Todo lo contrario, lo contaba todo con tal gracia que, en muchas ocasiones, reí hasta llorar.

El único amor verdadero que había experimentado fue el que sintió por su esposo. Cuando él se fue, el cariño lo volcó en sus tres hijos, de los cuales, en la actualidad, sólo vivía uno. Debo reconocer que, así como solté muchas lágrimas de risa a lo largo de ese viaje, cuando me dijo que sólo conservaba vivo a uno de sus hijos, lloré de tristeza. Por sus mejillas también rodó alguna lágrima al contarlo, pero sus palabras transmitían una calma, un sosiego y una quietud, que, en ese mismo instante, empecé a admirar a Manuela.

Su hijo menor había fallecido en un accidente de tráfico a los dieciocho años. ¡Qué dolor tan grande para una madre vivir la muerte de un hijo! Aunque ella no se detuvo en los detalles, pude hacerme buena idea de lo que este hecho supuso en su vida. Sin embargo, fue al narrar la

muerte del segundo de sus hijos cuando percibí un profundo dolor en su corazón. Luis tenía veinticinco años cuando le diagnosticaron un tumor cerebral y, durante los dos años que vivió después de conocer su enfermedad, su madre tomó la decisión de dedicarle su existencia. Me contó todo lo que aprendió durante ese tiempo y la gran complicidad que surgió entre madre e hijo. Cuando falleció, Manuela me contó que ella sintió paz, una profunda paz. Aquel sentimiento provenía del convencimiento de que aquel hombre gozaría eternamente de un alma en calma y armonía. Había hecho todo lo que estaba en su mano para que Luis, durante el tiempo que le quedara de vida, fuera feliz. ¡Y lo había conseguido! En sus palabras, yo podía apreciar el inmenso amor que esa madre había derrochado con él. Podéis comprender que lo que empecé a sentir por aquella mujer superaba, a estas alturas, la admiración.

Ya sólo me quedaba saber qué sería del único vástago vivo de Manuela, el primogénito. Ejercía como cirujano de gran prestigio en la ciudad de Nueva York. De él, aquella anciana mujer tenía un nieto fruto de un primer matrimonio de su hijo mayor. Me contaba con tristeza que su nieto no sentía que la segunda esposa de su padre le mostrara un afecto especial. Por esta razón, me confesó Manuela que, en su testamento, había favorecido a su nieto hasta los límites legales. Yo desconocía, como no podía ser de otro modo, su patrimonio. Sin embargo, supe que el que acababa de hacer había sido su último viaje a España cuando me dijo que había estado en Granada con el objetivo de vender la única propiedad que le quedaba en nuestro país, una casa en su ciudad natal. Se trataba de una vivienda que ella había conservado siempre y de la que nunca quiso desprenderse por ser una de las cosas que la unían a su patria. Esa casa le había servido a lo largo de su vida para visitar con frecuencia nuestro país. Le hubiera gustado no tener que venderla y que Benjamín, su único hijo vivo, hubiera disfrutado más de ella, pero esto último sólo era un deseo de Manuela porque la realidad le había demostrado que él no sentía apre-

cio ni interés por esa casa. Ella había sabido verlo y, por eso, emprendió ese último viaje a tierras andaluzas para zanjar todo lo relativo a sus propiedades en España. A pesar de lo duro que había sido dar ese paso, era como si ella quisiera dejar todo bien atado antes de... morir, cuando le llegara su hora, por supuesto. Me dijo que, aunque se sentía profundamente española y le causaba dolor la certeza de saber que no volvería a pisar su país, se sentía dichosa con la vida que llevaba en Estados Unidos. Vivía en un pequeño apartamento de una urbanización con todo tipo de prestaciones en la que tenía amigas con quienes compartía las tardes jugando a las cartas o, simplemente, charlando. Me quedé de piedra cuando me dijo que se acababa de comprar un coche. ¡No podía imaginarme a Manuela al volante de un todo-terreno! ¡Pero si tenía ochenta años! Me contó que lo utilizaba, principalmente, para ir al supermercado. Como es sabido, Florida es una región de fuertes tormentas y huracanes. Por esto, existe un protocolo con medidas concretas que los ciudadanos deben cumplir para evitar daños y otros inconvenientes en las épocas en que los temporales impiden a la gente moverse de sus casas. Ella guardaba víveres para sobrevivir durante seis meses en su apartamento sin salir de él. Cuando supe esto, entendí que se pasara seis meses yendo al supermercado a comprar provisiones para resistir la otra mitad del año encerrada en su casa. En su afán por demostrarme lo bien que se sentía viviendo en aquella parte del planeta, me confesó que los médicos especialistas que le correspondían por residencia eran los del Mount Sinaí Medical Center, es decir, tenía a su disposición la más avanzada tecnología y a algunos de los mejores profesionales de la medicina a nivel mundial. Todo esto le daba seguridad, sin duda. Pero, ¿era suficiente para que ella se sintiera plenamente feliz?

Benjamín viajaba a Miami cada seis meses para visitar a su madre. En los comentarios que Manuela hizo sobre su hijo percibí una cierta decepción por el comportamiento de aquel hombre con ella. Seguramente

intentaba transmitirme, sin querer hablar abiertamente mal de él, la paradoja de haberle dado tanto y de recibir de él tan poco ahora. Al fin y al cabo, tenía muy buenos amigos, pero ese hijo era lo más grande en su vida. Podía imaginar que aquella mujer anhelaba una mayor dedicación de ese hombre hacia su anciana madre. La historia que Manuela me contó durante aquel viaje tan especial terminó aquí, pues llegó el momento en que se nos comunicó que en breves instantes aterrizaríamos en el aeropuerto de Miami.

Durante unos minutos nos mantuvimos en silencio. En ese tiempo, visualicé en mi interior la vida que aquella mujer había decidido compartir conmigo. Me sentía como si acabara de ver una película en que la actriz principal había interpretado su papel para mí y me dispuse, por supuesto, a extraer conclusiones. ¿Qué había aprendido yo de esa historia? Me di cuenta de lo feliz que puede llegar a sentirse una persona cuando da de corazón. Porque Manuela, como dije al principio, no era una mujer afligida. Es imposible que una mujer triste se expresara en los términos en que ella lo hacía. Rebosaba alegría y buen humor. Aprendí que, a lo largo de toda una vida, a todos nos ocurren cosas buenas y malas, pero es, indudablemente, una sabia decisión extraer el lado positivo de todo lo que nos pasa. Y vi, como si lo hiciera a través de un cristal transparente, el amor que las madres sienten por sus hijos. Un amor absolutamente incondicional, que se da sin esperar nada a cambio.

Gracias, Manuela, por el regalo de tu compañía y por haberme enseñado a valorar más a mis padres, porque ellos me han demostrado que también me aman incondicionalmente.

FIN